

AMY S. GREENBERG, *A Wicked War. Polk, Clay, Lincoln and the 1846 U.S. Invasion of México*, Nueva York, Alfred Knopf, 2012, 344 pp. ISBN 978-0-307-47599-2

Parece que la guerra de Iraq en 2003 despertó el interés de los historiadores estadounidenses por revisar las guerras internacionales de su país, y entre ellas una casi relegada al olvido: la invasión de México en 1846-1848. Es posible que se haya inspirado en la convicción de que la causa que se aludió también era falsa. El olvido de la guerra no deja de sorprender dada la trascendencia que tuvo para Estados Unidos, ya que la conquista del territorio mexicano, legitimado mediante el Tratado de Guadalupe, le abrió el camino para convertirse en poder continental. Desde luego hay que reconocer que la cercanía de la Guerra de Secesión, que aceleró la invasión a México, ensombreció el hecho. Pero es sorprendente que, de repente, aparezca una serie de libros¹ que la revisan. Entre los libros aparecidos, destaca este que merece atención por su importancia.

El libro incluye una apabullante información documental y bibliográfica estadounidense, pues el tema y seguramente la falta de interés en el escenario mexicano hacen escasas las fuentes mexicanas. El relato cubre el contexto estadounidense de la guerra y personajes que desempeñaron un papel importante en desencadenarla o que se vieron afectados por ella. El escenario estadounidense resulta fascinante y muy útil para comprender

¹ David A. CLARY, *Eagles and Empire: The U. S., Mexico and the Struggle for a Continent*, 2009; Kent DELAY, *War of Thousand Deserts, Indian Raids and the Mexican War*, 2005; Damon EUBANK, *The Response of Kentucky to the Mexican War*, 2004; Paul FOOS, *A Short Offhand Killing Affair: Soldiers and Social Conflict During Mexican-American War*, 2003; Tom REILLY, *War with Mexico. American Reporters Cover the Battlefield*, 2010; Daniel Walker HOWE, *What Hath God Wrought: The Transformation of America, 1815-1845*, 2007; Irving LEVINSTON, *Wars Within War: Mexican Guerrillas, Domestic Elites and U.S. of America, 1846-1848*, 2005; Timothy J. HENDERSON, *A Glorious Defeat. Mexico and its War with the U.S.*, Nueva York, Hill and Wang, 2007.

su complejidad y algunas de sus contradicciones. La presentación que hace de personajes que la promovieron y de aquellos que la combatieron incluye a algunas esposas que ejercieron un papel, a veces muy activo, como en el caso de Sarah Childress Polk, quien apoyó con entusiasmo las ambiciones territoriales de su marido y defendió sus causas después de su muerte. Esa trama compleja es hilvanada con buena pluma, lo que hace grata su lectura.

Llama la atención el pensamiento elegido por Amy Greenberg como entrada del libro: las palabras de Ulysses Grant en 1879, mismas que inspiran el título de su libro: “I do not think there was ever a more wicked war than that waged by the United States on Mexico, I thought so at the time, *when I was a younger, only I had not moral courage enough to resign*”.

Greenberg subraya aspectos que no toman en cuenta la mayoría de los libros: no sólo las luchas partidistas entre Whigs y demócratas y sus representantes importantes, sus intenciones y debates, sino también los excesos cometidos por voluntarios y soldados durante la invasión y que, al igual que las continuas victorias, provocan reacciones del pueblo norteamericano. Así, al igual que las sucesivas victorias despiertan en los expansionistas el movimiento por anexas “todo México”, la noticia de matanzas, violaciones y excesos de los soldados convierten a otros en enemigos de la guerra y promotores de terminarla. Entre ellos está nada menos que el experimentado y carismático Henry Clay, el sorprendente perdedor de la candidatura de su partido al soslayar el tema del expansionismo que, para 1844, se había convertido en verdadera fiebre. La derrota fue un golpe certero para Clay, pues no obstante su popularidad, fracasaba ante un candidato desconocido, como James Polk, retirándose de la política, ya que además de ello enfrentaba graves tragedias familiares; todavía tendría que ver con tristeza partir a la guerra a su hijo coronel Henry Jr., al que consideraba su sucesor, y afrontar la terrible noticia de su muerte en la batalla de la Angostura. Es fácil comprender que la noticia fue la gota que lo llevó a tras-

tornar por completo sus convicciones. Para su infortunio, esto tuvo lugar en un momento en que tenía abierta nuevamente la posibilidad de la candidatura de su partido. El contexto parecía favorecerlo, de manera que el anuncio de que daría un discurso desde Lexington, Kentucky, causó sensación en todo el país. La mayoría creyó que anunciaría su candidatura para las elecciones de 1848. Pero la guerra y las falsedades que intentaron justificarla, la noticia de los horrores presenciados por soldados y reporteros y la muerte de su hijo transformaron sus dudas en certezas. De esa forma el discurso estuvo inflamado por su oposición a la guerra, la anexión de territorios y, lo más sorprendente en un sureño beneficiario de la esclavitud, por su oposición a dicha institución. El discurso causó estupor y la certeza de su candidatura se esfumó en un instante, pues además de tocar el tema proscrito del abolicionismo, contradecía el atractivo de absorber Nuevo México y California y extender las fronteras al Pacífico, gracias al tratado de paz que acababa de firmarse.

Abraham Lincoln, viejo admirador y discípulo de las metas económicas de Clay, iba a seguir la misma ruta a pesar de que con ello comprometía su permanencia en la Cámara de Representantes y no dudó en declarar su oposición a la guerra y a la adquisición de territorios mexicanos. Este suicidio político lo llevó de vuelta a Illinois, de donde no logró salir sino hasta finales de la década de 1850.

Greenberg nos ayuda a darle relevancia a un personaje aún más importante para la perspectiva mexicana: Nicholas Trist, secretario de Thomas Jefferson y marido de su nieta Virginia. Trist catalogó la biblioteca de Jefferson y fue encargado de cumplir con su testamento; también fue secretario y colaborador de Andrew Jackson, quien antes de abandonar el poder lo envió de cónsul a La Habana. Jackson mismo convencería a Polk de incorporarlo entre sus colaboradores cercanos. Sureño como Polk y Jackson, Trist resultó elegido como segundo en mando en el Departamento de Estado, por contar también con la confianza y amistad del titular James Buchanan. Trist se convirtió en encargado de revisar documentos

importantes y discursos del presidente. Trist, amante de las letras y las bellas artes y que apreciaba la vida familiar y la música, se sintió apabullado por el peso de las responsabilidades. Su conocimiento del español, su experiencia en el mundo hispanoamericano y su fama de discreción y lealtad, lo hicieron el candidato ideal cuando se discutió quién podría encargarse de una comisión secreta para negociar la paz.

Trist recibió instrucciones secretísimas que, no obstante, fueron difundidas por los periódicos de inmediato. Polk sospechó siempre de Buchanan, quien había desconfiado de acelerar las hostilidades. A pesar de su fama de discreción y lealtad, un mayor conocimiento de Trist hubiera despertado cierta desconfianza. En primer lugar, aunque era esclavista, al igual que Jefferson, era consciente de lo cuestionable de la institución y, sobre todo, era enemigo de la guerra, no sólo por influencia de su mentor, sino también de su abuela, quien lo había convencido de abandonar West Point y truncar su carrera militar. Trist también compartía con Jefferson su escepticismo religioso, su devoción por la lógica y su concepto de justicia.

Al definir los alcances de su libro, Greenberg afirma que va a centrarse en los cuatro años que abarcan de 1844 a 1848 y en cinco personajes que se enfrentan durante los mismos, política y personalmente, al tiempo que incluye temas contemporáneos de política, abolición, Destino Manifiesto, matanza de indios y los relaciona con el concepto de masculinidad, relacionado a su vez con el concepto de los valores morales, el legado de los antepasados, elementos todos necesarios para que los políticos se convirtieran en líderes. No pretende seguir los detalles de la guerra ni el lado mexicano del conflicto, pero sí los elementos que condujeron a Ulysses Grant a considerar a esa guerra como *wicked*.

Para Greenberg, dos de los personajes elegidos son poco conocidos. Sin duda lo es el coronel John Harding, pues a pesar de haber sido héroe por “su martirio en la batalla de la Angostura” y provenir de una familia notable en la política de Illinois, con serias dudas

sobre Polk, fue uno de los congresistas que se enganchó de inmediato de voluntario para marchar al frente y su temprana muerte dio fin a una carrera que pudo haber sido brillante y que, de paso, le abrió el camino a la de Lincoln. Incluye también a Trist, el enigmático negociador del Tratado de Guadalupe, porque pocos saben que se atrevió a desafiar la orden de Polk de regresar a Washington. Un desafío que pagó caro, pues Polk no sólo lo despidió del puesto, sino que se negó a pagarle los gastos hechos durante su misión en México, condenándolo a una vida de pobreza hasta que, en 1870, el Congreso decidió que se pagara ese adeudo con réditos, lo que le devolvió su estatus, del que sólo disfrutó tres años. En México tampoco es muy conocido, a pesar de que los comisionados mexicanos dejaron testimonio de su buena voluntad en los debates.

Greenberg sigue bien las manipulaciones y decepciones de Polk, víctima de su convicción de que la guerra sería corta, pues México no tardaría en firmar la paz, por la superioridad estadounidense y por permitir que Santa Anna pasara a Veracruz, comprometido a facilitar la negociación de paz. Pero el veracruzano había simulado aceptar como única forma de atravesar el bloqueo naval de Estados Unidos y estuvo dispuesto a emprender la defensa.

Polk no tardó en desconfiar de Trist, al recibir sus primeros despachos en que mostraba sus desencuentros con el general Winfield Scott, que consideró podrían retrasar la firma de la paz. Lo curioso fue que las dificultades entre los dos personajes se esfumaron con la obligada convivencia, en la que descubrieron que tenían mucho en común. Esto mismo resultó intolerable para Polk, al sospechar que podrían conspirar en su contra. Esa confianza total en una paz rápida le impidió comprender que a pesar de todas las derrotas los mexicanos se negaran a firmar la paz. Lo cierto es que la guerra se alargó y permitió que en el proceso se generaran dos movimientos en el público estadounidense. Por una parte, el orgullo nacionalista que produjeron las continuas victorias llevó a los expansionistas a contagiar a buena parte del público el deseo de anexar “todo México”.

Es más, incluso a desdeñar el prejuicio profundo acerca de la inferioridad mexicana, derivada de la odiosa mezcla de razas, y del temor a las diferencias raciales y sociales, con la esperanza de que la superaría el entendimiento entre las señoritas mexicanas y los jóvenes estadounidenses. El contacto con las ciudades del centro despertó dudas en algunos y muchos soldados y oficiales hablaban con simpatía de sus habitantes. Pero los profusos reportajes de la prensa sobre la guerra también informaron de excesos cometidos por las tropas durante sus avances sobre territorio mexicano, entre ellos uno verdaderamente horrible: docenas de mexicanos que se habían refugiado en una cueva cerca de Saltillo fueron descubiertos por voluntarios de Arkansas, sufriendo degüello y escalpe delante de sus familias. La noticia incluía una ilustración que conmovería al público. Junto a estos reportajes periodísticos, las cartas de soldados y oficiales a sus familias también informaron haber presenciado violaciones de mujeres y muertes innecesarias de civiles, generando el repudio a la guerra y el deseo de terminarla cuanto antes. A eso se sumó que se considerara inaceptable tomar territorio mexicano, al sospechar que ese había sido el móvil verdadero de la guerra.

Greenberg no sitúa la guerra en el contexto internacional atlántico, como lo había hecho magistralmente David Pletcher en su libro *The Diplomacy of Annexation*. Tampoco se ocupó del lado mexicano, de manera que no pudo percatarse de que en ese momento, un México debilitado enfrentaba dos amenazas externas, pues desde 1845, con el visto bueno del gobierno español, su ministro, Salvador Bermúdez de Castro, conspiraba en el mismo país para establecer una monarquía encabezada por un príncipe de la casa de los Borbones, un proyecto que contaba con la bendición de Francia y Gran Bretaña. Por tanto, México quedó aislado y sin alternativa de apoyo.

Como ya hemos señalado, una novedad que incluye el libro es la mención de los excesos de voluntarios y soldados que, según nos informa, se multiplicaron en periodos de inacción bélica. Greenberg incluso cita una nota enviada por el general Ignacio de la Mora

y Villamil al general Zachary Taylor desde San Luis Potosí, el 10 de mayo de 1847, preguntándole si el ejército de Estados Unidos intentaba cumplir con las leyes de las naciones y luchar de manera civilizada o iba a continuar luchando “como entre tribus salvajes”.² La autora considera que esta conducta era el resultado de años de lucha contra los indios de las praderías.

Debido a las metas elegidas, a pesar de su minuciosa investigación y su original aproximación, apenas si consultó fuentes mexicanas, lo que la lleva a algunos errores. Considera por ejemplo que Santa Anna, como dictador, imponía sus decisiones al Congreso en 1847, sin saber que éste se había disuelto, dejando al veracruzano sin dinero, sin apoyo y sin facultades para firmar la paz. Como no se ocupa del lado mexicano, también incurre en yerros menores como llamar Manuel al general Paredes y mantener el error que deriva de la forma en que ha catalogado el fondo de Manuel Gutiérrez Zamora que alberga la Sociedad Histórica de Nueva York. Sin tomar en cuenta la forma hispánica de los apellidos, se ignora el Gutiérrez, y la caligrafía de don Manuel con una a muy barroca, hizo que el catalogador le agregara una g al final, de manera que se acota Zamorag. Cuando consulté el fondo, intenté aclararle el error a la bibliotecaria para que se corrigiera, pero no tuve éxito.

Se trata ciertamente de un libro que deben leer tanto historiadores como lectores en general. No sólo es un complemento del libro de Pletcher, sino que es de agradable lectura y cubre la parte oscura de la invasión, tan llena de violencia innecesaria, pues las condiciones de México no dejaban duda de que la asimetría entre las condiciones de los dos países aseguraba la victoria de los invasores.

Josefina Zoraida Vázquez
El Colegio de México

² Ignacio de la Mora y Villamil a Zachary Taylor, SLP, 10 de mayo de 1847. House Ex. Doc 60, 30th Congress, 1st session, 1139-1141.